

BX3706
C35
1858
V-3

HISTORIA

RELIGIOSA, POLITICA Y LITERARIA

COMPANIA DE JESUS

POB GRETEINEAU-JOLI

TOMO III



FONDO BIBLIOTECA PUBLICA
DEL ... LEON

135900.

HISTORIA

DE LA

COMPANIA DE JESUS.

CAPÍTULO XIX.

El rey Jacobo I de Inglaterra deja concebir algunas esperanzas á los Católicos. — Recomiéndales el Papa la sumision. — Impulsan los Puritanos á Jacobo á que se convierta en perseguidor. — Los Anglicanos hacen causa común con ellos. — Descontento de los Católicos. — Tratan los Jesuitas de apaciguarlos. — Conspiracion de la *Pólvera*. — Catesby, Percy y Juan Wright. — Duplicidad de los ministros ingleses. — Concluye España la paz con la Inglaterra. — Son excluidos de ella los Católicos. — Resuélvese Catesby á tomar algunas medidas. — Guy Fawkes. — Carta del P. Garnett sobre la situacion. — Ideas singulares con que tratan los conspiradores de adormecer su crimen. — Consultan á los Jesuitas. — Encúbrenles el atentado. — Sospechan de ellos los conjurados. — Confiésase Catesby con el P. Texmund, y le revela su proyecto. — Consulta este último al P. Garnett. — Mision de sir Baynham en Roma. — Carta de Tresham á lord Monteagle. — Descúbrese la conspiracion. — Jacobo y su Consejo. — Edicto del Rey contra los Católicos y los Jesuitas. — Son vencidos los conjurados en Holbeach, quedando muertos ó prisioneros la mayor parte de ellos. — Revela Tomás Bates una parte del complot. — Disculpan los conjurados á los Jesuitas. — El ministerio y los Anglicanos producen falsas acusaciones. — Ejecucion de ocho cómplices de Catesby. — Prision del P. Garnett y de los Jesuitas. — Interrogan al anterior. — Rodéanle de espías. — Su entrevista con el P. Oldecorne. — El sigilo sacramental y los Anglicanos. — Garnett en presencia de sus jueces. — El attorney (ó *procurador*) general Cooke y el embajador español. — Declaracion de Garnett. — Doctrina del *Equivoco*. — Suplicio del P. Oldecorne. — Garnett en el patíbulo. — Discusiones producidas por los falsos procesos que arroja la hereje Inglaterra al continente. — El P. Baudouin. — Confiscaciones y multas. — Juramento exigido por el Monarca. — El arcipreste Blackwell y los Jesuitas. — Belarmino y Jacobo Estuart. — Suplicio del P. Tomás Garnett. — El P. Ogilbay en Escocia. — Su interrogatorio y su muerte. — Belarmino y Baronio en el conclave. — Los Jesuitas en Venecia. — El Dux y Fra Paolo. — Ataques contra la Santa Sede. — Fulmina el Pontífice un entredicho contra la República. —

El Pregadi (ó Senado) y los Jesuitas. — Proscribenlos en Venecia. — Fra Paolo y Fra Fulgencio tratan, de acuerdo con el Dux, de establecer el calvinismo. — Salen de Venecia los Jesuitas. — *Ande in malhora.* — Los Mínimos y Capuchinos imitan su resistencia á las órdenes del Senado. — Política veneciana. — El Consejo de los Diez y Enrique IV que se declara protector de los Jesuitas. — Hace las veces de mediador entre la Santa Sede y los venecianos. — Condiciones para el restablecimiento de los Jesuitas. — Opónese el Senado. — Los cardenales Joyeuse y Du Perron. — Suplica Aquaviva al Papa que renuncie al restablecimiento de los Padres en Venecia. — Causas que impedian este restablecimiento. — Intrigas de los Calvinistas y Anglicanos con Fra Paolo y Fra Fulgencio. — Tratan de protestantizar á Venecia. — Descubre Enrique IV el complot. — Ordena á su embajador Champigny que participe al Senado la conspiracion protestante. — Contestacion de este al Monarca. — Los Calvinistas y Fra Paolo se habian propuesto sostener el destierro de los Jesuitas para triunfar mejor de los católicos venecianos. — Nueva asamblea de los profesos en Roma. — Creacion de un Asistente para las provincias de Francia. — Carta de Enrique IV á la Congregacion. — Otra del mismo pidiendo la canonizacion de Ignacio y de Francisco Javier. — Asesina Ravaiillac al Monarca. — Acusan á los Jesuitas el Parlamento y la universidad de participacion indirecta en este crimen. — Es condenado á las llamas el libro escrito por Mariana. — Predican contra los Jesuitas en la mayor parte de las iglesias de Paris. — La Reina regente, el canceller y el arzobispo de Paris desmienten estas imputaciones. — El *Anti-Coton.* — Contestacion de los Padres. — Bayle y los enemigos de la Compañía. — Denuncia la universidad al Parlamento la obra de Belarmino. — Es entregada á las llamas la obra del P. Suarez. — Pronúncianse en favor de los Jesuitas los Estados generales reunidos. — Armand de Richelieu, obispo de Luzon, y la universidad. — El tercer Estado propone á los Jesuitas para que la aceptasen cierta fórmula de juramento. — Recházanla el clero y la nobleza. — Sostiénela el Parlamento. — Anúlala el Rey. — Progresos de los Jesuitas en Francia. — Sus causas. — Protégelos el príncipe de Condé. — Los Padres son expulsados de Aix-la-Chapelle y de Praga por los Luteranos y Husitas. — El P. Suarez es condenado y aprobado en Roma. — Muerte de Claudio Aquaviva. — El P. Alberus, vicario general, convoca la congregacion. — Es elegido general el P. Mucio Vitelleschi.

Jacobo I, sucesor de Isabel, era un príncipe que solo gustaba de las contiendas escolásticas, y se complacia únicamente en las argucias de sus teólogos; si el trono de Escocia se habia convertido en una cátedra durante su reinado, el de la Gran Bretaña, cuando pasó á regirle, se transformó en una silla de pedagogo. *Maese Jacobo*, como solia llamarle Enrique IV, no abrigaba en su alma los arrebatos ni las odiosas pasiones de la Reina doncella, pero tampoco poseia sus brillantes cualidades. Irresoluto por carácter y espíritu quisquilloso, pródigo al par que avaro, ni sabia

hacer valer su voluntad ni seguir las buenas inclinaciones que su corazón le inspiraba. El ministro que, como Cecill ó Buckingham, sabia lisonjear su manía doctoral con mayor destreza ó frivolidad, era siempre el árbitro supremo de los negocios. Hubiérase dicho que Jacobo habia cambiado de sexo con la hija de Enrique VIII, transformándose en mujer. Por esto los ingleses consignaban su opinion, respecto á los caracteres de Isabel y su heredero, por medio de este verso latino:

Rex fuit Elisabeth, nunc est regina Jacobus.

Sin embargo, en su advenimiento al trono de Inglaterra, cobraron alguna esperanza los Católicos. Á pesar de que conservaban en el ministerio á Roberto Cecill, hijo del confidente de Isabel; creian que les tendria en cuenta los sacrificios que se habian impuesto para salvar á su madre María Estuart. En varias ocasiones habia manifestado un respeto profundo á la Iglesia romana y á su Pontífice, y aun se le habia visto proteger á los Jesuitas contra las persecuciones de su antecesora. El papa Clemente VIII recomendaba á los sacerdotes y demás católicos ingleses, la obediencia, la fidelidad y el amor hácia su Soberano, sometiéndose aquellos con júbilo á este triple deber. Feliz el Monarca al verles aceptar su dominacion, les prometió la tolerancia, y mas adelante la libertad. En los últimos años del reinado de Isabel, se habia comprometido en secreto á proporcionar amplias facultades á los Católicos, llegando hasta el extremo de entablar una seria correspondencia con los cardenales Aldobrandini y Belarmino. Tomás Percy, pariente del conde de Northumberland, aseguraba á sus compatriotas, que Jacobo le habia empeñado su real palabra de no gravar con mayores impuestos á los Católicos que á los Protestantes, y que serian admitidos como estos últimos á los empleos públicos.

Jacobo I no era cruel por instinto, ni malvado por cálculo: se le habia hecho creer que no era capaz de resistirse á su dialéctica la fe de ningun católico; y hubiera querido ganarlos á todos por medio de la discusion; mas Cecill y la secta de los Puritanos, que no tenian la misma confianza en la lógica del Rey, sin dejarle, no obstante, penetrar una sospecha que los hubiera perdido irremisiblemente en su ánimo, procuraban presentarle los Jesuitas y sus apasionados, como dispuestos á cualquiera hora á la

insurreccion. Habia suprimido por medio de un decreto verbal la multa de veinte libras esterlinas mensuales, impuesta por el fisco á los que no asistian á los sermones de los Anglicanos; pero no tardó en expedir otro en que se mandaba pagar este impuesto no solo en lo sucesivo, sino aun por lo pasado; llegando hasta el punto de obligar á pagar sus atrasos á varias familias con quienes Isabel habia temporizado. En seguida, y sin aguardar á que finalizasen los períodos marcados para el pago, se les abandonó á la indigente avidez de los puritanos escoceses, que habian seguido al Rey á Inglaterra. Como eran insaciables, esperaban los Católicos, por medio de los ofrecimientos que les hacian, hasta arruinarse, librar al rey Jacobo de aquella mendicidad que tan odiosa le era, y los Puritanos se llenaron de riquezas por medio de sus exacciones.

Veinte y tres años antes habian redactado en Edimburgo un formulario que declaraba á la Iglesia universal como una tiranía, á su doctrina un tejido de imposturas, á sus decretos leyes opresivas, á sus definiciones blasfemias, á sus ritos y ceremonias supersticiones y sacrilegios, á la misa una invencion diabólica, á los siete Sacramentos signos bastardos, á la Penitencia un delirio frenético de las almas desesperadas, y al Pontífice, Antecristo. Esta profesion de fe fue fijada en las puertas de las iglesias, y era preciso suscribir á su contenido ó pasar la plaza de rebeldes. Predicando un dia Patricio Galway, ministro puritano, en presencia de Jacobo Estuart, se atrevió á decirle: «¡Escuchad, cielos y tierra, mis palabras! Cuando os hallábais aun en Escocia, os obligásteis con un voto á no dejar un solo papista en este reino de Inglaterra, y á no tolerar ninguna de sus idolatrias; y tambien me lo prometisteis á mí mismo. Aquí traigo el testimonio de aquel voto y de aquella promesa de que puedo dar fe ante todos los hombres que me escuchan y os ven, y en el dia terrible del juicio, en el valle de Josafat, daré testimonio de ello en presencia de todo el género humano.»

Los prelados anglicanos y Bancroft, obispo de Londres, empleaban el mismo lenguaje corroborativo de las palabras oficiales del Monarca que, en sus edictos y comunicaciones con el Parlamento, sostuvo no haber prometido jamás nada á los Católicos, proclamando en alta voz que sabria exterminarlos si osaban levantar la cabeza. Mientras que el Monarca tomaba partido contra

sus súbditos, Roberto Cecill, auxiliado por los puritanos escoceses, se ocupaba en poner en ejecucion el plan que hacia tiempo proyectaba. Los Jesuitas fueron proscritos, y todo católico por el solo hecho de su creencia, se vió destituido de sus funciones, y dado de baja en los cuadros del ejército y de la marina; prohibiósele el derecho de testar, y se le reputó inhábil para heredar, para percibir sus rentas, exigir la liquidacion de sus créditos y defenderse ante los tribunales. No se les desterraba ni se les decapitaba, es verdad, porque la libertad, tal como los Protestantes del siglo XVI la comprendian, se limitaba á formar de los Católicos otros tantos esclavos ó parias. Dejábase el Monarca asociar á estas ignominias, y el dia de la Ascension de 1603, en presencia de los grandes empleados de su corona, reasumió su política con respecto á los Católicos en los términos siguientes: «A nadie mas que á sí mismos deberán inculpar de cuanto han padecido y de cuanto puedan sufrir en adelante: dicen que se ven reducidos á la mendicidad; esto proviene de la misma indigencia del señor á quien sirven: al entregarse al diablo han elegido un mal amo; nosotros, por el contrario, servimos á un Dios justo y todopoderoso para recompensarnos.»

Estas palabras, á mas de describir al hombre, nos explican los sucesos que van á desarrollarse, y sirven de punto de partida á la conspiracion de la *Pólwora*. Y no se crea que semejante proyecto se forjaba por la primera vez en la imaginacion de algunos individuos; porque pocos años antes, habian intentado los herejes de los Países Bajos en Amberes asesinar al célebre duque de Parma á favor de un barril lleno de materias combustibles, exponiendo al mismo peligro á todo el Consejo de Holanda por la satisfaccion de una venganza personal. Los Católicos, pues, no tuvieron la iniciativa de este crimen; plagiaron la idea á los sectarios, si bien, en la cruel aplicacion que trataron de hacer, desarrollaron de tal modo este pensamiento, que dejaron muy atrás á los que le habian concebido.

El autor de esta conspiracion, en que tantas veces se ha hecho sonar el nombre de los Jesuitas, fue sir Roberto Catesby, descendiente de una de las mas distinguidas familias de Inglaterra, quien habiendo hecho un triste ensayo de los placeres y ambiciones del mundo, se habia refugiado en la Religion como en un puerto de seguridad después del naufragio. Habia padecido y vis-

to padecer mucho por Dios, y el recuerdo de sus padecimientos, junto con el temor de experimentar otros nuevos, le impulsaron á buscar en su enérgica exaltacion un remedio eficaz para conjurar los previstos desastres, y creyó haberlo encontrado. Imagínese, pues, que haria perecer de un solo golpe al Rey, al Parlamento y á todos los grandes del reino. Este proyecto, hijo de una imaginacion delirante, formó el pábulo y las delicias de su pensamiento; se ocupó día y noche en combinarle, y cuando le hubo discutido consigo mismo, trató de buscar cómplices que no tardó en encontrar.

Asociáronse en su idea Tom Winter, de la familia de Huddington, Tomás Percy de Northumberland y Juan Wright, uno de los caballeros mas cumplidos y el soldado mas valiente de los tres reinos; quienes, como otros nuevos Macabeos se propusieron arrostrar toda clase de torturas y toda clase de vergüenza por rescatar á sus hermanos en la fe. Viendo que una insurreccion á mano armada no les ofrecia suficientes garantías de triunfo, apelaron á la officiosa intervencion de los príncipes católicos; mas como en aquel tiempo habia sabido Cecill pintar aun en Roma á Jacobo Estuart como un monarca tolerante y casi amigo de los Papistas, sus reclamaciones eran al momento sofocadas por las seguridades diplomáticas de los embajadores ingleses. Los príncipes del continente y hasta el soberano Pontífice creyeron que los Jesuitas y sus adictos exageraban el cuadro de sus padecimientos para excitar la conmiseracion de la Europa; y como impulsados por un sentimiento de lasitud que á veces se llega á apoderar hasta de los ingenios mas ilustrados, prestaron mas crédito á las imposturas de los verdugos que á los gemidos de las víctimas, los cuales venian con tanta frecuencia á perturbar su tranquilidad ó sus placeres, que su egoista ventura no se dignaba siquiera prestar oidos á los lamentos.

Si esta indolente lástima exasperó á algunos de los católicos, las amenazas oficiales los impulsaron á la desesperacion. Los hombres que bajo el nombre de Jacobo regian el timon del Estado, y los partidos que dominaban á este Monarca lisonjeando sus dogmáticas fantasías, arrancáronse al fin la máscara. Cuando Roberto Bancroft fue promovido á la silla arzobispal de Cantorbery, pudo decir sin empacho ni temor á los Católicos que le dirigian alguna súplica: « En tiempo de Isabel no pasaban vuestras tortu-

« ras de ser un juego, porque ignorábamos entonces quién sucederia á aquella reina; mas ahora que el Soberano, padre de muchos hijos, disfruta tranquilamente del trono, no reposaremos hasta ver el fin del último papista. » Los Puritanos invadian la cámara de los Comunes y sojuzgaban á la de los Lores; y si, alterando el texto de la sagrada Escritura, descubrian en la amenaza de Roboam los látigos con que Isabel habia castigado á los Católicos, en la misma hacian silbar á los escorpiones de que iba á cercarlos Jacobo ¹.

El plan que se habia forjado en la mente de Catesby fue reconocido por todos los conjurados como el único capaz de salvarlos, como el solo practicable, y que un solo golpe bastaba para acabar con todos sus enemigos. Un triste abuso de la inteligencia humana fue suficiente para persuadir á cuatro jóvenes, distinguidos todos por su nacimiento, é incapaces todos ellos de concebir un asesinato individual, que su monstruoso atentado solo era una consecuencia precisa de la situacion; improvisáronse vengadores del catolicismo, y sin comunicar á nadie su designio, reconocieron con una ingenuidad que hace estremecer, que no se necesitaba consejo ni decision alguna sacerdotal para sentenciar lo que á sus ojos parecia una justicia palpable.

D. Velasco, condestable de Castilla, acababa de llegar á Flandes, comisionado por Felipe III para negociar un tratado con Jacobo I de Inglaterra: creyendo Catesby que ningun otro ejercia mas influjo sobre el plenipotenciario español que su amigo Winter, por haber este desempeñado varias misiones confidenciales cerca de Felipe II, le despachó en busca de aquel, á quien encontró en Berghem; pero no tardó en convencerse el conspirador, después de sus entrevistas secretas, de que el gabinete de Madrid no tendria ninguna especie de reserva en favor de los Católicos ingleses, y que terminada la paz bajo estas basas, su condicion pasaria á ser peor que antes: ya solo restaba buscar cómplices determinados. Entre los proscritos á quienes la paz firmada en 18 de agosto de 1604 iba á dejar sin recursos, hallábase en Ostende un oficial aventurero, llamado Guy Fawkes, dotado de

¹ En el libro III de los Reyes, XII, 11, dice Roboam: *Pater meus cecidit vos flagellis, ego autem caedam vos scorpionibus*: texto que los Puritanos amalgamaban á la conveniencia de sus pasiones, repitiendo desde sus púlpitos: *Elisabeth caedit vos flagellis, Jacobus autem caedet vos scorpionibus*.

un valor y una discrecion á toda prueba. Avistóse con él Catesby, y regresaron juntos á Londres, donde los cinco conjurados pusieron manos á la obra el 11 de diciembre. Alquiló Percy una casa con su jardin, contiguos al palacio de Westminster, después de haber levantado una pared, para ocultar la boca de la mina que pensaban abrir debajo el salon en que se reunia el Parlamento. Sabiendo el 25 de diciembre que se habia aplazado el Parlamento, suspendieron sus trabajos.

Los Católicos ingleses presentian que se les escapaba su última esperanza; habian creido por largo tiempo que en el momento en que cesasen las hostilidades entre la Gran Bretaña y los españoles, entrarian en una nueva era de salud; pero ya no podian hacerse ilusion alguna: Felipe III y el duque de Lerma los sacrificaban á ciertas exigencias políticas. Hubo un instante tambien en que los clamores de esta poblacion se hicieron oír con tan alarmante unanimidad, que se acusó hasta en Italia á los Jesuitas de haber hecho malquistar la paz, y de sostener el espíritu de sedicion entre las masas; pero luego que semejante imputacion llegó á oídos del P. Garnett, trató de disculpar á sus hermanos por medio de una carta, que contiene algunos fragmentos dignos de citarse.

«Este rumor, escribia al General de la Cómpania, no necesita refutarse en Inglaterra, donde sabe todo el mundo y ve por sus propios ojos lo mucho que se afanan nuestros Padres para cooperar á la conclusion de este tratado; y quien menos lo ignora que nadie es el embajador español, que se ha valido de nosotros en lo concerniente á este asunto. Aun hay mas: uno de los principales personajes de Inglaterra hacia observar, no há mucho, que los Jesuitas eran hombres prudentes, instruidos y dotados de una conciencia recta, alabándolos en particular por lo mucho que habian trabajado en favor de la paz, mientras que Waston confiesa que hubiera sido mayor el número de los conjurados, á no haber encontrado en nuestros Padres una oposicion marcada. Y aunque no esté en nuestra mano impedir que haya hombres revoltosos y temerarios entre los Católicos, podemos, sin embargo, prometer, á Dios gracias, que la mayor parte de ellos permanecerán tranquilos, á pesar de que algunos sugetos poco adictos á nuestro Instituto aseguran en voz pública, que gustamos mas de adular al Monarca cuando trabajamos por con-

«seguir la paz, que servir la causa de los Católicos, estimulándolos al resentimiento. Pero si no tienen otra cosa que echarnos en cara, lo sufrirémos sin dificultad, y aun nos glorificarémos en ello.»

Tales eran las convicciones íntimas del P. Garnett, y tales sus correspondencias con Aquaviva. Algunas semanas antes, el 29 de agosto de 1604, testigo el referido Jesuita de la efervescencia de los Católicos, daba parte de sus temores al mismo jefe de su Orden en los términos siguientes: «Si sucediera, dice, que con ocasion del tratado no obtuvieran algun alivio, ignoro con qué paciencia tolerarian este último golpe. ¿Y qué partido tomarémos? Nuestros Padres no bastarian á contenerlos dentro de los límites del deber: téngalo en consideracion el soberano Pontífice, y mande á estos católicos que no se atrevan á sublevarse.»

Entre tanto el conjurado Tom Winter, que habia concebido algunas dudas sobre la legitimidad de su empresa, trató de comunicarlas á Catesby, y ambos de consuno, para poner su conciencia al abrigo de toda acriminacion, se decidieron á tomar consejo de los Jesuitas mas ilustrados. Ambos miraban el asesinato del Rey y de los Protestantes como un acto digno de su decision; y en este concepto no se paraban en discutir sobre aquella idea de venganza que habia pasado á formar parte de sus íntimas convicciones: y como no hallaban en el interior de sus corazones ni en el sobresalto de su razon remordimiento alguno que oponerlas, se habian hecho criminales, digámoslo así, por inspiracion: á sus ojos los felices resultados hacian desaparecer todo crimen; pero no podia ocultárseles que, en la ejecucion de su plan, estaban condenados, por una especie de fatalismo, un gran número de católicos á perecer víctimas de él. Esta certidumbre horrorosa atormentaba sus conciencias; y para calmar escrúpulos tan extraños discurrieron un medio mas extraño todavía. El tratado de paz permitia á los Católicos entrar al servicio real en Flandes bajo las órdenes del archiduque Alberto: los conjurados lo solicitaron, y se les concedió. Empezaron desde luego á figurar preparativos de marcha, y entonces Catesby propuso á los sacerdotes de su comunión el siguiente caso de conciencia: «Supuesto que los herejes colocan en primera fila á los Católicos con el objeto de que defiendan una fortaleza, á la que sin remedio debe asaltar un enemigo de la misma comunión, ¿qué conducta de-

«berá observar este último? ¿Podrá perdonar á los culpables por «no derramar la sangre de sus hermanos, ó deberá sin remordimientos de conciencia dar el asalto segun uso de guerra?»

Catesby procuraba presentar con alguna confusion sus teorías sanguinarias, con el objeto de obtenerla tambien en la solucion de los teólogos. Porque, ¿qué semejanza podia darse entre un fuerte holandés, sitiado en regla, y el palacio de Westminster, en que debian reunirse el Monarca y los grandes cuerpos del Estado? De aquí es que los doctores á quienes habia consultado, contestaron en el sentido que deseaba Catesby; y hasta el mismo Padre Garnett sentó á su vez y de la manera mas afirmativa la cuestion propuesta. Esta decision tan legal como posible, pasó á ser mas adelante el argumento mas terrible contra el Jesuita, y en el que basaron su acusacion Eduardo Cooke y Roberto Abbot¹. Tranquilizada ya su conciencia de un modo tan extraño, se reunieron los cinco conspiradores en una casa aislada, en donde les aguardaba el P. Gerard, y en la que, sin saberlo el Padre, hicieron entre sí, puestas las manos sobre el libro de los Evangelios, el juramento solemne de ejecutar su designio, y de guardarse un secreto inviolable. Díjoles el Jesuita la misa, y en seguida les dió la comunión, que recibieron en cumplimiento de su voto homicida; pero si se ha de dar crédito á los conjurados Winter y Fawkes, únicos que después revelaron este hecho importante, «el P. Gerard ignoraba absolutamente su proyecto.» Sin embargo, el fiscal público Cooke no pudo resignarse á registrar una deposicion que excluía al Jesuita del debate judicial, y escribió de su puño y letra, como dice el historiador Lingard, quien asegura haber visto con sus propios ojos el documento original, las siguientes palabras: *huc usque*, esto es, hasta entonces.

Si no queda demostrado que este acto de piedad sancionaba un crimen entre el sacerdote y los asistentes; si el P. Gerard al darles la comunión creyó solamente hacerlo con unos fieles proscritos, como él lo estaba, creemos que nadie puede acriminar su conducta. Aun hay mas; nosotros solo prestamos una fe relativa á los interrogatorios redactados por los Anglicanos; y aunque no osamos afirmar ni negar el hecho de la indicada misa y comunión que tantos argumentos han sugerido á los Protestantes, y de

¹ Cooke, *Actio proditoria*, pág. 106.— Abbot, *Autología*, cap. IV, fol. 59.

los que se han servido para apoyar su sistema; tambien es cierto que el P. Gerard hallándose en plena libertad y en los últimos años de su vida, protestó sin cesar contra tamaño ultraje. Los interrogatorios de Winter y Fawkes han sido á veces falsificados, mientras que la defensa del Jesuita no ha padecido jamás alteracion: la conciencia pública nos parece el juez mas idóneo para pronunciar en un debate enteramente moral. Hé aquí la contestacion que dió en 1.º de setiembre de 1630: «Tomo á Dios por «testigo, decia este Padre, de que jamás he tenido noticia de semejante conspiracion, ni mas ni menos que un niño que acaba «de ver la luz, y que ni aun he oido hablar de ella á nadie, ni «sentido en mi corazon la menor sospecha respecto á la pólvora «que habian preparado para la mina. Todos los conspiradores fueron «escrupulosamente interrogados cerca de mi persona, y aun «que algunos de ellos, á fuerza de torturas designaron á los «bedores del complot, todos negaron constantemente que yo fuese «de este número. Hasta el caballero Everardo Digby, de quien, «con alguna mayor apariencia de razon, hubieran podido sospechar que me hubiese revelado el secreto, protestó en presencia del tribunal que aun cuando habia sido invitado diferentes veces para que afirmase que yo no estaba ignorante de la «trama, habia contestado siempre negativamente; añadiendo, «que siempre se habia retraido de participármela, temiendo que «tratase de disuadirle. Así es que á mas de que la mayor parte «de los consejeros conocieron mi inocencia, acrisolada por tantos testimonios unánimes, escribí yo una carta en que me justificaba completamente; y cuando me encontraba, segun todas «las apariencias, próximo á caer en manos de los consejeros, «me ofrecí espontánea y libremente á todas las torturas imaginables, y aun á la infamia inherente á los perjuros, si llegaba el «caso de poder alegar una prueba valedera de que yo hubiese «tenido noticia de la conjuracion. Por espacio de tres años que «me tuvieron preso, bajo el reinado de Isabel, y en el que me «examinaron de mil modos y cuantas veces les plugo para saber «en general si me habia inmiscuido en los asuntos políticos, osé «desafiarlos á que me adujesen como prueba un solo rasgo de mi «mano, una sola palabra de mi boca, y no pudieron jamás hallar la mas leve sombra de indicio; ¿con cuánta mayor razon «hubiera debido rehusar el complicarme en un acto tan cruel